

*Homenaje a
Ángel Cañada
Giner,
Andorra,
9-15 de marzo
de 2007*



A ÁNGEL CAÑADA

Eloy Fernández Clemente



Estamos entre amigos, en tierra franca, por lo tanto mi saludo es global y con poca retórica. Sólo la suficiente para remarcar que estamos aquí entre ángeles, casi en el cielo, porque se llama así el homenajeado, también el alcalde, un andorrano principal como es Ángel Alcalá, y si hubiera podido venir, un turolense siempre atento y cariñoso con nuestras cosas como es el presidente de la diputación, Ángel Gracia. Así que:

Querido Ángel, queridos amigos todos:

Agradezco mucho que se me invitara a participar en este acto, por muchas razones: por lo que ha sido, es y significa Ángel Cañada Giner para todos nosotros, para Andorra, para la cultura aragonesa; por el aprecio que ya toda mi familia se tuvo con la suya, y yo he heredado, disfrutando durante muchos años de su afecto, de sus muchos saberes, de sus socarrones comentarios y consejos; porque es una ocasión más de venir por Andorra, de verme con queridos paisanos y amigos, de sentirme vinculado a mi villa natal, en la que me siento muy querido y ante la que siempre estoy en deuda, por lo poco que hago por ella, que me dio raíces, sentido tierrabajino, turolense, aragonés, tradiciones y conocimientos.

Se han editado preciosos libros, nada mejor para homenajear a quien se ha pasado su vida escribiendo, transmitiendo, aprendiendo y enseñando. Editar, agavillando sus magníficos artículos en *Cierzo*, un libro suyo sobre la vida y las costumbres del pueblo, es, me parece, un acierto total, al que me sumé recabando de mi amigo el gran antropólogo y académico aragonés Carmelo Lisón Tolosana un cumplido prólogo, que consagre y ratifique su calidad y valor.

Nos convocáis a su lado con la intención de que digamos algo que le rinda tributo de gratitud. Nada me complace más, pero no sé si acertaré a ello. Sabiendo que hay intervenciones como la de mi querido, fraterno amigo y aun algo pariente, Ángel Alcalá, que se referirán a la biografía de Cañada, yo (que sé mucho menos de todo eso, aunque conocí a su mujer, a su hermana Angelina, traté mucho por vecindad a su hermano Albino y conozco a sus hijos, en especial a Javier) he pensado aprovechar para hacer una reflexión sobre la faceta a mi juicio más importante en nuestro homenajeado, cual es la de ser un gran erudito local.

Cuando decimos *erudito local*, cargando con todo el peso semántico de siglos, corremos el riesgo de que algunos entiendan “ratón de biblioteca”, persona que sabe arcanos latines y se desenvuelve entre legajos por iglesias y archivos municipales y notariales, preferentemente. Nada de eso es lo que yo quiero decir con esa expresión, que aprovecho para reivindicar, para ubicar en su sitio justo, el que corresponde a estudioso como Ángel Cañada. Para mí, un erudito local es alguien que, por circunstancias biográficas, reside en una localidad por lo general pequeña o media, a la que ama con todas sus fuerzas, y se interesa por cuanto ha pasado y pasa en ella, no con curiosidad morbosa, sino con deseo de abarcar, comprender, valorar la historia y el presente. Y ello, de modo científico, riguroso, serio, lo que no significa plúmbeo, como muchas veces resultamos los que andamos por la vida académica, universitaria. Es decir, que en mi vocabulario, erudito local lo que viene a querer decir es sabio. Para explicarme mejor voy a hacer la descripción de ese tipo de persona que es, me parece, la que conviene a Ángel, por la que le estamos tan reconocidos y agradecidos.

1. El erudito local tiene una buena formación. Con frecuencia una carrera, la ejerza o no, de Magisterio, sacerdote, Letras, etc. Le gusta mucho leer, y también pensar, en sus paseos, en sus ratos de aparente descanso.

2. El erudito local tiene tiempo, o lo saca del descanso, de la familia, del ocio y el sueño. No es cicatero con el que debe dedicar a buscar, hablar, leer, anotar datos, redactar textos. Nunca pide ni busca nada, pero nunca dice que no.
3. El erudito local no busca grandes reconocimientos, ni pago por sus desvelos tan útiles y patrióticos, ni halagos. Más bien rehuye toda pompa, se esconde con discreción, trabaja en la penumbra.
4. El erudito local es infatigable en su busca. No le desaniman las dificultades burocráticas que le enredan con papeleos, ni las pegas para consultar este o aquel archivo, ni los silencios de quienes tienen cartas, textos, fotografías, y se hacen los sordos a sus demandas. Ya llegará el día. Quizá cuando vean su desinterés y su limpieza...
5. El erudito local está siempre al acecho: escucha pacientemente, indaga con picardía, toma nota mental y si no alarma demasiado, por escrito. Con frecuencia sus silencios expectantes, sus suaves preguntas, tienen algo del psiquiatra, que espera le cuenten asuntos velados por el olvido, el lapsus, la autocensura.
6. El erudito local no pontifica: ofrece sus saberes, los aporta con pulcritud en la escritura, sin pregonar nada. Ante los de su edad, quiere ser uno más y no llamar la atención; ante los jóvenes, cuya fortaleza envidia, se deja querer como un abuelo, y también les escucha, a ver qué guardan de los suyos, qué nuevos caminos emprenden.
7. El erudito local escribe con sencillez. Gusta de hablar más de personas que de conceptos, de anécdotas que de categorías, describe más que analiza. Quiere llegar a la gente de su pueblo, antes que a nadie. Si trasciende alguna vez, eso le sorprende y le sonroja. No era su intención.
8. El erudito local tiene un gran respeto a las autoridades académicas, aunque en secreto juzga que no es oro todo lo que reluce y que hay mucho santón frívolo, que comete igual o más errores que éstos a los que califica a veces, con desprecio, de aficionados. Por eso, muchas veces, su principal autoridad es el pueblo, lo que la gente dice, en forma de recuerdos, de refranes, de canciones. El erudito local es, incluso a pesar suyo, un excelente antropólogo, etnólogo, filólogo, porque sabe esperar, recoger, analizar.
9. El erudito local no juzga: expone. Prefiere narrar a opinar; describir a analizar. Y no porque no se atreva a dar esos pasos, sino porque no cree que sea esa su misión. Rechaza con frecuencia el adjetivo de historiador, porque humildemente cree que no llega ni quiere llegar a tanto. Sin embargo, sus aportaciones sobre la vida y costumbres, los dichos y modismos, los recuerdos y los sentimientos colectivos, son extraordinariamente útiles a otros que acaso utilizan sus textos sin citarle o los desprecian por demasiado claros.
10. El erudito local no da consejos: sugiere, calla en largos silencios (como un "loco de la Colina"), ríe contigo, comenta con llaneza.

Estas breves constataciones, que creo convienen perfectamente a nuestro amigo y maestro, pueden resumirse, como hacía Machado en el Juan de Mairena, en valorar, querer, agradecer al sabio sencillo y amable cuanto ha bregado toda su vida por su pueblo, nuestro pueblo, dejando ejemplo de laboriosidad, inteligencia, sentido didáctico. Querido Ángel: que sigas escuchando, contando, escribiendo muchos años más (si tienes ganas) y que nos permitas seguir siendo tus discípulos y amigos. Gracias.



ENTRE ÁNGELES ANDA EL JUEGO

En el homenaje a
Ángel Cañada Giner

Ángel Alcalá



Hace unos años, al presentarme en este mismo lugar antes de una conferencia o charla mía de las que tanto me gusta dar cuando vengo por Andorra, este Ángel a quien hoy homenajeamos tituló sus palabras “Entre ángeles anda el juego”. Habiendo enseñado literatura y cultura españolas en Nueva York durante tantos años, al instante reconocí el bello juego de palabras que en esa frase hacía Ángel Cañada. Ese título me recordó el de una estupenda comedia del Siglo de Oro, que Ángel cambió graciosa y sutilmente. Porque la comedia en cuestión no se llama *Entre ángeles anda el juego*, sino realmente, *Entre bobos anda el juego*. Bien. Algunos ángeles pueden ser bobos, pues con razón se dice a veces “Eres tan bueno que pareces bobo” y los ángeles más bobos son los que por su estúpido orgullo se convirtieron en demonios. Pero de orgullo, nada. Al queridísimo Ángel Cañada le distingue una modestia ejemplar así como una bondad sin límites. Y de bobo, Ángel, tú, nada, y yo ... pues creo que tampoco. Así que hoy me toca a mí repetir aquello de “Entre ángeles anda el juego”, y puedes imaginar cuánto me agrada haber podido aprovechar un viaje a España para estar presente en este acto que nuestro Andorra te debía desde hace tanto tiempo.

Hace poco más de un año, el 17 de diciembre de 2005, respondiendo con emoción a la brillante concejala Sagrario Bielsa y a nuestro Alcalde al proclamarme hijo predilecto de Andorra, que es mi más preciado título, hablé -no sin cierta mortificación y envidia- de la diferencia entre los andorranos que amamos a nuestro pueblo (que es de pensar lo seamos todos, en presencia y en ausencia) y los que día a día, golpe a golpe, hacen camino, como diría Antonio Machado, hacen Andorra al andar, y la hacen crecer, y la hacen cada vez más grande. Mencioné entre éstos algunos nombres antiguos y actuales, y al tocarle el turno al tuyo dirigí la mirada al auditorio para dar contigo. Al no verte, quizá no reprimí cierto gesto de extrañeza. Debió de notarlo nuestro Alcalde, quien me señaló un sobrecito que llevaba en la mano. Comprendí que algo te impedía estar aquel día con nosotros. Cuando tras el acto pude abrirlo, leí unas cariñosas líneas tuyas: me decías que tu hermano Albino estaba grave y habías tenido que ausentarte. Unos días después, cuando llamé para saber de él y de ti, un familiar tuyo me dijo que Albino acababa de morir. Y es que, Ángel, amigos todos, la muerte siempre nos gana la partida, porque la vida es el único juego en el que todos perdemos.

¡Qué hermoso, andorranos, que celebremos hoy, juntos, a la vez, la vida y la obra de los dos hermanos. La del Albino poeta, a quien -por no haberlo visto en los últimos años- recordaré siempre mesurado, atildado, equilibrado, introvertido, dado a la fina ironía y a las consideraciones abstractas del ideal estético, elegante hasta la pulcritud con sus corbatas de lazo y sus impecables trajes; y la vida y la obra de este Ángel fieramente humano, cercano a todos, entusiasta promotor de cuanto ayude a hacer más llevadera la convivencia andorrana, dotado de aguda pupila para observar nuestras costumbres cotidianas, de memoria prodigiosa para en ella grabarlas y ordenarlas, y de pluma generosa para consignar los usos populares y los nombres y apodos de nuestros antepasados y de los de nuestra propia niñez y juventud a fin de que consten en letra de molde y sirvan de estímulo a las generaciones actuales y venideras, tan fácilmente olvidadizas -en esta etapa, ojalá que permanente, de vacas gordas y bienestar general de Andorra, de Aragón, de España-, generaciones jóvenes, olvidadizas, digo, no sólo de las endémicas

penurias de nuestros abuelos, sino incluso de los sacrificios y esfuerzos de sus propios padres para producir y continuar ese mismo bienestar general que ahora disfrutamos.

Querido Ángel. Al mencionar a tu hermano Albino, no puedo menos de recordar a tu hermana Angelina: algo tímida, siempre sonriente, buena amiga de Conchita, mi hermana mayor, al aire su melena y a sus pasos por las calles la admiración de todos ante la sobria elegancia de su porte y la esbeltez de su cimbreante cintura. Ni puedo menos de recordar a tus padres, Doña Rosalía y don Albino, o vuestra casa del Barrio Dux hacia la mitad a la derecha entrando desde la esquina de la Calle Aragón frente a la fuente entre la casa de los Obón y la de los Guallar. Siendo don Albino el veterinario y mi padre el boticario, era natural su amistad, a trío con uno de los médicos, don Saturnino Roselló, marido de Aurelia Félez, el cual el 15 de septiembre de 1936 fue asesinado (y no hace falta decir por quiénes) el mismo triste día que mi padre y mi tío-abuelo fraile, el P. Mariano Alcalá Pérez, y un pequeño grupo de los mejores andorranos.

De don Albino, su corpulencia, su rostro un poco rojizo, sus penetrantes ojos azules, el gran bigotazo gris que nos le hacía imponente, perviven desde niño en mi memoria. Recuerdo que algún día se hallaba de charla con mi padre en la farmacia de nuestra casa (Calle Candela, 3) cuando yo me entrometí y debí decir alguna inconveniencia de impertinente chaval “todolosabe”, pues me recriminó con su voz algo estentórea: “¡Angelito, no digas tonterías!”. Pero mi recuerdo infantil de tu padre se centra en su labor en el viejo y ya no existente matadero municipal, Calle Aragón abajo, lindante con el enorme edificio que, esquina con la carretera, albergaba un gran bar, el Casino Obrero y el trinquete -¡qué encarnizados y bravos desaffios a pelota a mano!-, que servía también para los bailes domingueros.

Cuando en fechas distintas se mataba para el mon dongo el cerdo de casa y el de mi tía Vicenta (que vivía en la casa de mis abuelos, hoy Centro Pastor de Andorra), nos acercábamos a la gorrinera donde el pobre animal había pasado la noche en capilla y en ayunas yo mismo, algún hombre de confianza de la familia y aquel gigantón que era el Sr. Miguel Grau, el experto matarife y dueño de la carnicería de la entrada al Barrio Dux a la izquierda. En casa solíamos comprar en ella o en las también cercanas de la tía Engracia -casi frente al horno del tío Rafael, el hornero, pegado a mi casa por la puerta de atrás- o del tío Bartolo en la esquina de la Plaza de la Iglesia. Largo era el pasillo desde la gorrinera hasta la mesa del sacrificio, y conmovedores los chillidos de dolor del animal, al que forzaba a arrastrarse el puntiagudo gancho clavado por el Sr. Grau en su garganchón. Una vez subido a la mesa, mi tarea de hombrecito consistía en agarrar al cerdo por la cola y ayudar a sujetarlo -presuntuosa ilusión- mientras alguna mujer (recuerdo a la tía Dolores “la Garrofera”) revolvió a brazo la sangre que se hacía caer a un gran barreño para que no cuajara. Sangre con la que se harían las exquisitas morcillas y las pellas, tan sabrosas refritas en los desayunos de invierno. En el momento oportuno bajaba de su despacho don Albino por unas escaleras laterales, arrancaba con unas tenacillas no sé qué misteriosos pedacitos de las vísceras del gorrino ya abierto en canal, los metía en una cajita de latón y se los subía para analizarlos al microscopio y al cabo de un rato, con el consiguiente gozo de todos, proclamaba que el animal estaba sano



y que se podía comer, que es de lo que se trataba. ¡Estupendos recuerdos de nuestra vieja Andorra, que tú, Ángel, tanto has contribuido a lograr que no se olviden del todo!

No me sería difícil evocar algún que otro recuerdo del Ángel Cañada joven de antes de la guerra del 36, durante ella o de después. No creo equivocarme si digo que formaba parte de la pandilla de chicos y chicas (un poco señoritos, como entonces se les calificaba) que en los atardeceres del verano paseaban y medio festejaban por la carretera -hoy Avenida San Jorge- o subían a San Macario a refrescarse, gastarse bromas a la sombra de aquella añosa carrasca del último recodo del viejo camino y reír los chistes más o menos aceptables de la tía Alberta, mujer del “sanmacariero” de entonces. Ni comparación aquel San Macario tan rústico, pobre corral de cabras en su patio trasero, con la flamante iglesia, parque y hostel en que, queridos andorranos, lo habéis sabido transformar.

Pero lo que nunca olvidaré, porque participé en ella, aunque no de oficiante, sino de organista, fue la anunciada y tanto tiempo esperada boda de Ángel Cañada y Sagrario Sauras. ¡Cómo olvidar a sus padres, doña Dolores Obón, tan amiga de mi madre, y el socarrón don Julián, dueño del estanco! Estaba situado junto a la casa de Teresa Valet (que con Merceditas Gil, hija del otro médico, don Luis, fue una de mis novias infantiles) y frente a la de mi tío Gregorio “el Rufo” y de mis tíos Mariano Alloza y Mariángela Montañés, padres de mis primos el boticario y escritor Manuel y Mariano Alloza. Esa boda fue el acontecimiento del año en el pueblo. Tuvo que ser en verano, pues los seminaristas estábamos de vacaciones. Nerviosos, pues íbamos a cantar algo en la misa. José María Alfonso, otro benemérito andorrano que se ha jubilado tras servir mucho tiempo como sacristán del Pilar, se asomó a la Calle Mayor por aquel ventanuco que a ella daba desde el hueco que, como ampliación del coro, había dejado la destrucción del órgano (¡qué salvajada, destruir un órgano!), y me dio la señal. Cuando los novios y sus padrinos e invitados giraron a la derecha para entrar en la plaza y en la iglesia, mis dedos ya habían hecho sonar la marcha nupcial.



Mis recuerdos personales de Ángel Cañada se fueron rebozando con otros tantos olvidos a medida del paso del tiempo y de los avatares de nuestras propias vidas. Desde lejos, en mi Nueva York, he ido admirando y devorando sus atinados artículos mensuales en la contraportada de *Cierzo*, nuestro estupendo boletín, mientras esporádicos encuentros revivían nuestra amistad. Recuerdo uno en Zaragoza en casa de Eloy: tres fervientes andorranos en torno a una mesa curando con su charla y un buen coñac su nostalgia de Andorra. Otros fueron aquí, en nuestro pueblo. En una de mis siempre breves visitas me acompañó a visitar al tío Julián “el Rito”, barbero y por muchos decenios, desde antes de la guerra en que fui su monaguillo, meritorio sacristán, al que siguió el tío Andrés Camín, que era sastre. Viejito, inmóvil en un rincón de la casa de su hijo, Ángel y yo (“entre ángeles anda el juego”) le hicimos feliz un rato entonando a trío antiguos cantos de rosarieros, de entierros o de vísperas que él mismo me había enseñado de niño.

La casona de los porches en la Plaza de la Iglesia en la que Ángel Cañada tuvo su domicilio por largo tiempo está ligada a muchos recuerdos de mi infancia. Quizá el más antiguo es el de un día de fuerte lluvia en que a su jardín trasero me llevaron en brazos a los cuatro años las hermanas Camilas (Pura y Asunción) que trabaja-

ban para mi casa. Había llegado un fotógrafo profesional con una de aquellas máquinas que le exigían ponerse tras el trípode, cubrirlo y cubrirse con un trapo negro y disparar un fogonazo. Rara ocasión que había que aprovechar. Conservo avaramente aquellas tres fotos: una montado sobre mi caballo de cartón con ruedas, otra con mi hermana Purita apretando su muñeca, y la tercera, uno de mis tesoros de los que me siento más orgulloso, mi foto con traje de baturrico, bien plantao, con cachirulo, banda y una buena gayata entre las manos.

Esa casona, la renovación de cuyo aspecto exterior y el de toda la Plaza tanto va a embellecer la parte más noble de nuestro pueblo, nos parecía a los chicos como un palacio. Después de la guerra la visité con frecuencia, habitada por doña Luisa Rais, su hija doña Pepita (ya viuda de don César, militar, que murió en Belchite, de quien tú, Ángel, has escrito alguna vez) y sus nietas: la desgarbada Maruja y la fina e inteligente Lolita. Estoy seguro de que los andorranos de sesenta para arriba las recordáis. Había en el gran salón un piano algo destartado. En él hice mis primeros ejercicios a base de viejas partituras de arias de ópera de Gounod y Meyerbeer. No sé qué habrá sido del piano y de esas estimables partituras.

Pero estoy seguro de que el reguero de gratitudes a Ángel Cañada que van a jalonar la memoria histórica de Andorra no estará vinculado precisamente a la casa donde vivió, sino a su ejecutoria, al ejemplar desempeño de sus tareas vocacionales de maestro e historiador. Curiosa y trascendental coincidencia: Albino, Ángel y Angelina han sido, los tres, maestros profesionales.

A este respecto no puedo menos de dar rienda suelta a la memoria y evocar nuestros propios maestros allá por los 30, 40 y un poco más, pero también los anteriores. No sé si el documento más antiguo que habla de las escuelas de nuestro pueblo es el famoso *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España* de don Pascual Madoz, 16 volúmenes, Madrid, 1845-1850. Andorra, dice, tenía entonces 1.600 habitantes.

Situada en la falda de una colina bastante elevada, donde la combaten todos los vientos, disfruta de alegre cielo y de un clima muy sano... Hay una escuela de primeras letras dotada con 3.000 reales a la que concurren sobre 50 alumnos, otra de niñas con 400 reales, y en ella se enseñan las labores propias de su sexo [!!!] a las 20 o 30 discípulas que asisten. Hay también en el centro de la población una fuente de agua delgada y cristalina, y otra a la salida. De ellas se sirven los vecinos para beber y para todos los usos domésticos.

Enorme cambio, trascendental, definitivo, entre aquella situación escolar de una pobre aldea rústica y el esplendor de la actual, con un centenar de docentes especializados en todas las disciplinas, a tono con los métodos pedagógicos más modernos y eficaces, sembradores de cultura, educación y civismo para nuestro pujante pueblo, cabeza de una Comarca floreciente y prometedora.

Muchos de los aquí presentes agradeceréis que haga sonar algunos nombres de nuestros propios maestros. Por parte femenina, D.^a Adoración, D.^a Teresa, D. Leonor, D.^a Julia, estas dos, buenas voces que cantaban con nosotros las misas polifónicas de Perossi. Para los chicos, don Manuel (que se casó, Ángel, con D.^a Manolica Obón, tía materna de tu Sagrario), don Joaquín, don Julio... Les había precedido para la generación anterior un maestro casi míti-



co, siempre mencionado con respeto por ti y por los otros historia-
dores de Andorra: D. Alejo Izquierdo, que se casó con D.^a Juana
Adán, padres de Dominica, que fue primera esposa de mi propio
padre y madre de mi hermana Conchita. Se conservan algunos
libros de notas y apuntes de don Alejo sobre sus alumnos, vuestros
bisabuelos, que estoy seguro os gustará conocer, por lo cual sus
herederos, mis sobrinos los Baguer, en breve entregarán fotocopias
para que consten en el archivo de Andorra.

Excelsa profesión necesariamente vocacional la de maestro. No nos
importa tanto la exigua paga que conlleva como el honor de servir
al pueblo, de encauzar el futuro mediante la educación de los jóve-
nes y la difusión de la cultura, y el gozo de encontrar cualquier día
un antiguo alumno o alumna que con ojos húmedos y emocio-
nado corazón que hace humedecer y emocionar los tuyos, te diga:
“Profesor, le debo lo que soy. Usted me cambió la vida cuando dijo
en una clase...” Y no te acuerdas de qué es lo que le dijiste a este
ahora ya hombre o mujer que tanto le impactó. Ser maestro es
como sembrar. No se sabe cómo y dónde. A veces las semillas fruc-
tifican, y no hay mayor gozo para el maestro, como para el sem-
brador, que verlas crecer, árbol hecho y derecho, no obra de tus
manos, sino de la energía y voluntad que en ellos y ellas has podi-
do y sabido generar.



El maestro educa, sobre todo, con su ejemplo, si es modelo de estu-
dio y de conducta. Es así como estimula a los alumnos a ser exce-
lentes y como con su ejemplo confirma la posibilidad de que otros
lo sean. En ambos sentidos, teórico y práctico, la admiración que
el maestro suscita en los alumnos es el factor educativo primordial.
Educar o enseñar no es sólo transmitir conocimientos, sino trans-
mitir la pasión de conocer y el propósito de ser bueno y justo con-
forme a ellos y, además de serlo, parecerlo. Por eso, querido Ángel
Cañada, en la escuela maestro de varias generaciones de andorra-
nos y en tus contraportadas de *Cierzo* maestro de todos nosotros,
Andorra entera te está tan agradecida, porque a lo largo de tu ya no
corta vida has sabido y querido ser modelo y ejemplo de verdad,
justicia, bondad y paz.



En este contexto, no quiero omitir mi gozo de mencionar que no
sólo eres una gran persona, sino todo un personaje de novela. Se
trata de la novela titulada *Macario*, escrita por un muchacho de
Muniesa, David Giménez, que estudió primeras letras contigo aquí
en Andorra. En esa novela, que nuestro Ayuntamiento hizo impre-
mir hace unos años, David se hace llamar Macario e idealiza con
gran arte su biografía: se retrata soldado voluntario de la División
Azul (como lo fue Andrés Camín, el hijo del sastre y sacristán),
chófer nada menos que de un alto jerarca nazi y prisionero de los
rusos al final de la II Guerra Mundial. Cuando al fin vuelve a
Andorra y se entera de que la novia que dejó en Andorra se había
casado con uno de sus rivales y ha muerto, quizá de parto, lo des-
afia a lucha a cuchillo sobre su fosa en el cementerio del Plano.
Corre la voz por el pueblo, la gente se apresura a detenerlos, y con
ella llega al cementerio Ángel Cañada, el cual les habla y convence
a los dos enemigos de la inutilidad y maldad de toda violencia. Así,
este Ángel se nos muestra hombre de verdad, de justicia, de bon-
dad, y de paz.

Cuando leí esa novela, escribí en *Cierzo* una breve nota laudatoria,
me buscó David, que residió en Inglaterra, y mantuvimos frecuen-
te correspondencia hasta que un cáncer se lo llevó demasiado

joven. Gran escritor de unas diez novelas en español y en inglés, que dominaba, su viuda y sus dos hijos hablan nuestra lengua a la perfección. Ojalá el Ayuntamiento de Muniesa imite al nuestro y algún día las publique, póstumas, un clásico aragonés medio andorrano.

Pero terminaré haciendo a nuestro Ayuntamiento, precisamente para continuar su tarea cultural de publicar historias de Andorra, un par de sugerencias. Una, de archivo: fotocopiar y reunir todos los documentos sobre Andorra que se conservan en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, en los archivos diocesanos y en otros, a fin de hacerlos accesibles a los numerosos estudiosos locales. Otra, editorial: imprimir el inédito *Un siglo de historia de la villa de Andorra*, del que fue autor don Juan-César Montañés, tan citado por el Dr. José Antonio Gracia Ginés en sus escritos históricos de *Cierzo* y que querríamos poder leer todos los que nos interesamos por la historia de nuestro pueblo. No cabe duda, por fin, de que es menester que algún estudiante o estudioso andorrano apechugue por fin, siguiendo los pasos de Ángel Cañada, de Montañés y de Gracia Ginés, con la definitiva historia de Andorra, desde su lejano pasado íbero, tan despejado por el concejal de Cultura Fernando Galve Juan y su equipo arqueológico, hasta sus tiempos recientes, agrupando todos los datos disponibles de forma científica y sistematizada.

Nuestro mensual *Cierzo* está sirviendo ya de palestra para un buen grupo de excelentes plumas andorranas. Me relamo en Nueva York cada vez que leo artículos de Martínez Luque, Maruja Limón, Luis Antonio Pérez Cerra, José Fernández Pérez (a ninguno de los cuales tengo el honor de conocer personalmente) o la espléndida serie sobre la Jota en Andorra de Aurelia Comín, Mari Cubero y Miguel Soler, que ahora suple la de Ángel en la contraportada. Todos, Ángel, te la echamos de menos. Por eso quiero terminar con un poema que en *Cierzo* te dedicó Francisco Camín Ginés hace algún tiempo, cuando empezaste a anunciar que ibas a interrumpir esta serie que hoy ve la luz en forma de libro.

El Ángel de recuerdo

¡Qué suerte tener en *Cierzo* un hombre de aquel ayer,
 qué suerte tener en *Cierzo* a Ángel Cañada Giner!
 Nos habla mucho de Andorra y nos recuerda su ayer,
 las formas de trabajar y las formas del vestir,
 esas formas de comer y costumbres de vivir,
 esa vida tan sencilla y ese amor que compartir.
 Si te paras a pensar en el trabajo de este hombre
 esas fotos tan antiguas que algunas no tienen nombre...
 Preguntas y más preguntas nos hace mucho a la gente
 para poder explicar en el *Cierzo* al mes siguiente.
 ¡A ver si somos capaces de recordar algún día,
 cuando pasen unos años, lo que Cañada escribía!
 Gracias, don Ángel, te damos todos los que *Cierzo* leemos
 por publicar esas fotos que mucho lo agradecemos.
 Ojalá que no se canse y que nos siga escribiendo,
 y que nos recuerde a todos cómo fueron esos tiempos.



EL HOMENAJE PASO A PASO

Pilar Sarto Fraj

Organizadas por el Ayuntamiento de Andorra y el Centro de Estudios (CELAN) se desarrollaron una serie de actividades para homenajear a Ángel Cañada Giner, celebradas los días 9 a 15 de marzo. Las distintas iniciativas fueron secundadas por muchas personas que pusieron su esfuerzo y sus pertenencias a disposición del grupo organizador. Con todas ellas se diseñó y llevó a cabo un completo programa de actos, que fue valorado positivamente, tanto por el homenajeado como por los implicados en la organización y el público asistente.

DÍA 9, VIERNES

En la Casa de Cultura tuvo lugar la presentación del libro de fotografía antigua: *La imagen del recuerdo. Álbum de la memoria de Andorra 1885-1950*.

Javier Alquézar Penón (presidente del CELAN) presentó el acto y a los ponentes, vinculando esta actividad con el homenaje a Ángel Cañada, cuya presencia agradeció.

David Almazán Tomás, historiador del Arte, autor de uno de los capítulos iniciales del libro, hizo una didáctica introducción incidiendo en aspectos de historia de la fotografía que iban más allá de lo puramente técnico, como el



David Almazán, historiador del Arte, Universidad de Zaragoza, José Jiménez Corbatón, escritor, Javier Alquézar, profesor de Historia y director del CELAN, autores de los textos del libro *La imagen del recuerdo. Álbum de la memoria de Andorra, 1885-1950*. A su derecha, Fernando Galve, concejal de Cultura del Ayuntamiento de Andorra, y José Vicente Querol, gerente de ADIBAMA, representando a dicha, representando a las dos instituciones que han financiado el proyecto.



José Jiménez Corbatón dirige al público unas palabras respaldado por la imagen proyectada de Ángel Cañada.



Mª Victoria Benito presentando las dos obras del homenaje: *Vida y trabajos de la Andorra de antaño*, de Ángel Cañada, y *Las cuatro estaciones y un soneto a manera de prólogo*, de Albino Cañada.

Público en el acto del homenaje celebrado en el salón de actos de la Casa de Cultura de Andorra.



David Almazán, en su intervención.

Javier Alquézar señalando algunas de las fotos de especial valor que contiene el libro presentado.



El público asistente al acto de presentación de *La imagen del recuerdo*.



Mesa del acto del homenaje. De izda. a dcha.: M^{ra} Victoria Benito, Directora de Publicaciones del CELAN, Ángel Alcalá, escritor e historiador, Fernando Casaus, Presidente de la Comarca, Luis Ángel Romero, Alcalde de Andorra, Ángel Cañada, el homenajeado, Antonio Fustero, Alcalde de Albalate del Arzobispo, en representación de ADIBAMA, y Eloy Fernández Clemente, historiador.



Ángel Alcalá en su intervención.

hecho de que la fotografía sea un documento social, reflejo de acontecimientos sociales; su implicación con el arte; el empeño colectivo por lograr sacar un libro como *La imagen del recuerdo*, pues quienes han prestado sus fotografías lo han hecho posible, e hizo referencia a los testimonios gráficos que permiten la conservación e investigación del patrimonio; todo ello jalonado con fotografías de referencia que ilustraron sus reflexiones y que hicieron posible entender que en el libro lo importante son las personas, las fiestas, los usos de vida, a mitad de camino entre reportaje etnográfico y retrato, en una época en que hacer una foto era un acontecimiento.

José Ramón Giménez Corbatón, escritor, explicó el proceso llevado para escribir su cuento, incorporado en el libro: para escribir partimos de nuestra memoria, imágenes fijas que luego cobran vida; realidad y ficción, recuerdos y literatura, una forma de trabajar que, como en el caso de la fotografía y de *La imagen del recuerdo* hace que el resultado no sea algo lejano e indiferente.

José Vicente Querol, (gerente de ADIBAMA) habló de la historia de Andorra en blanco y negro que supone el libro y Fernando Galve Juan (concejal de Cultura de Andorra) felicitó al Centro de Estudios, tanto por su tarea cotidiana y el esfuerzo como por el resultado plasmado en *La imagen del recuerdo*.

Javier Alquézar, además de agradecer la presencia numerosa de público, explicó los distintos capítulos

del libro de fotografía, al que definió como el libro más ambicioso de los editados por el CELAN por concepto, trabajo y por la nutrida colaboración que ha hecho posible compartir el tesoro colectivo, a la vez que lo vinculó con el homenaje al tratarse del mundo de Ángel Cañada contenido en este libro. Las nuevas tecnologías permitieron hacer un seguimiento visual de lo que iba diciendo.

El libro se vendió tanto a la entrada como a la salida y más de uno estuvo ocupado ya el fin de semana “haciendo memoria”.

DÍA 10, SÁBADO

En la Casa de Cultura tuvo lugar el acto central del Homenaje a Ángel Cañada.

Luis Ángel Romero Rodríguez (alcalde de Andorra) fue el presentador del homenaje, explicando la génesis del mismo, el agrado con que el Ayuntamiento y el CELAN llevaron a cabo las distintas propuestas para un homenaje merecido y disculpando a las personas que no pudieron estar presentes.

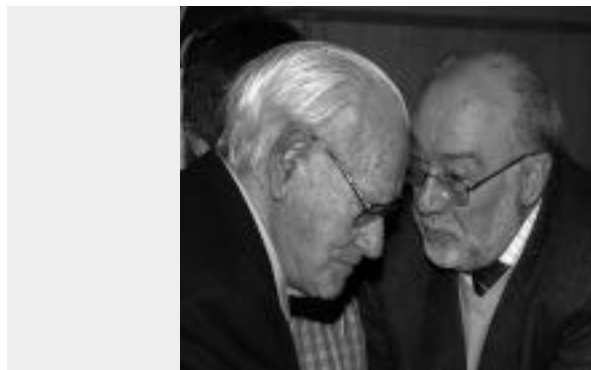
Tomó la palabra Eloy Fernández Clemente, historiador y amigo, quien glosó de una forma concisa y acertada las características del erudito local, un decálogo que categoriza dicha figura, en este caso la de Ángel, y reconoce los valores y trayectoria que debe tener.

Ángel Alcalá Galve, filósofo y filólogo, unió sus recuerdos a los de Ángel recreando una vida pasada llena de anécdotas y comentarios.

Antonio del Río, alcalde de Albalate, enviado por Ángel Gracia Lucia (presidente de



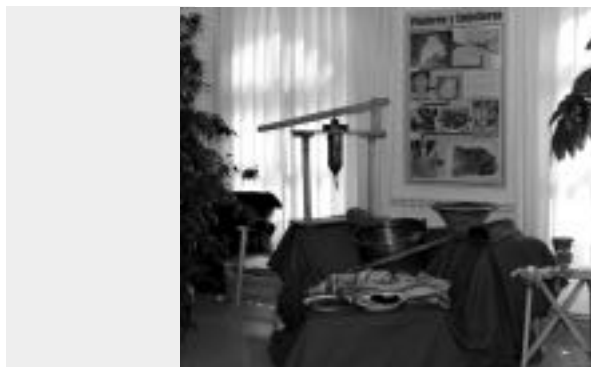
Antonio Fustero dirigiéndose a Ángel Cañada cuando tomó la palabra.



Eloy Fernández Clemente y Ángel Cañada.



El alcalde y el presidente comarcal con el homenajeado



Una rincón de la exposición etnográfica montada en el Hogar de las Personas Mayores.



Pilar Sarto, responsable de relaciones externas del CELAN, explica el contenido y sentido de la exposición en el acto de su inauguración.



Algunos asistentes a la inauguración de la exposición.



Ángel Alcalá, Ángel Cañada y Eloy Fernández Clemente, la tripleta central del homenaje.



Ángel Cañada cerró las intervenciones con su agradecimiento.



El alcalde de Andorra entrega a Ángel Cañada como reconocimiento municipal una reproducción de la estatua de *El Agricultor y el minero*.



Ángel Cañada muestra su satisfacción por uno de los regalos recibidos.



Rondalla y cantadores del Hogar de las Personas Mayores.



la Diputación Provincial de Teruel) que no pudo asistir al acto, valoró el trabajo realizado además de felicitar al homenajeado y al pueblo de Andorra. Alberto Larraz, ausente por enfermedad hizo llegar a Ángel su felicitación y una colección numismática. Fernando Casaus Antón (presidente de la Comarca Andorra-Sierra de Arcos) también reconoció el mérito de Ángel y su presencia constante en cualquier evento cultural del pueblo.

Vida y trabajos en la Andorra de antaño, el libro editado para la ocasión con la recopilación de los escritos de Ángel Cañada Giner, con ilustraciones de Mariano Castillo, y *Las cuatro estaciones y un soneto a manera de prólogo*, libro de poesía de Albino Cañada Giner, editado para el homenaje, fueron presentados por María Victoria Benito Morales, encargada de publicaciones en el CELAN, quien explicó la intención de agradecer a Ángel Cañada el trabajo de toda su vida de la forma más lógica, con libros. Se entregó un ejemplar de cada uno de ellos a los asistentes, que llenaron pasillos y escaleras.

Y el homenajeado, coherente con su trayectoria personal, dio la réplica y el agradecimiento con un escrito, sus palabras, recorriendo el pasado para llegar al presente y agradecer este homenaje.

Tras esta primera parte, los participantes en el homenaje se trasladaron al Hogar de las Personas Mayores, donde se inauguraron las dos exposiciones preparadas: la exposición de fósiles donada por Ángel Cañada y catalogada por profesores del IES y por el CELAN y

la exposición etnológica *Las tareas de la mujer en el pasado*. Pilar Sarto presentó las exposiciones, hechas con las palabras y el esfuerzo de Ángel y las vivencias, recuerdos y objetos de mucha gente.

Tras un pequeño recorrido por las exposiciones y la actuación del grupo de jota del Hogar, que había preparado unas jotas alusivas para la ocasión, a las que se añadió el buen amigo de Ángel, José Iranzo, se pasó a degustar un “vino español”, que sirvió como forma de convivencia y relajación después de los nervios de la mañana.

DÍA 12 DEMOSTRACIÓN GASTRONÓMICA

La participación fue una de las características fundamentales del homenaje. Se recordó desde el primer día, con la entrega de fotos familiares para hacer posible el libro *La imagen del recuerdo* y se plasmó también en las exposiciones, tanto la de fósiles como la de las tareas de la mujer en el pasado, y en los talleres de los días siguientes. En esta ocasión fueron las mujeres de “Disfruta de la experiencia”, de la Escuela Hogar de la Casa de Cultura y de la Escuela Hogar de la Sindical las que hicieron una demostración gastronómica, de la que dimos buena cuenta.

DÍA 13 JUEGOS Y CUENTOS

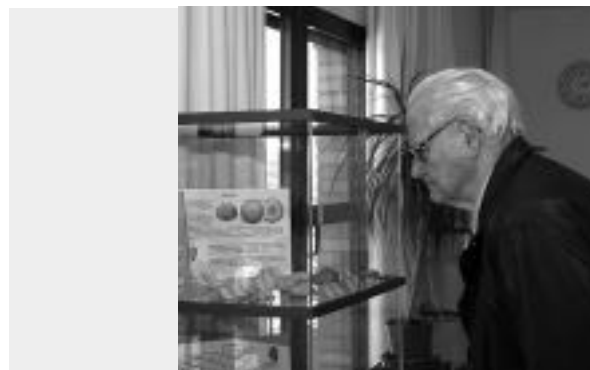
El grupo “Disfruta de la experiencia” posibilitó la puesta en práctica de los aspectos más lúdicos en este día, en el que también participó Ángel contando un cuento. La presencia de los medios de comunicación



Vicente Galve, el Panollo, no faltó a la cita con su jota dedicada.



Ángel Cañada y José Iranzo, el Pastor de Andorra, fundiéndose en un abrazo.



Ángel Cañada observa detalles de la exposición sobre fósiles que recoge la colección que ha donado a Andorra.



Ángel Cañada habla con Isabel Martín-Montalvo, coordinadora de la exposición sobre fósiles.



Grupo de mujeres en el taller de cocina.



Taller de juegos tradicionales.



Taller de remedios caseros para la salud.





Un momento del vino español servido tras la inauguración de las exposiciones.



Ángel Cañada y Javier Alquézar, director del CELAN.

entrevistando y grabando los juegos de mayores y pequeños fue una forma de divulgar la actividad entre los que no pudieron venir.

DÍA 14 REMEDIOS CASEROS

El Taller de Salud y Medio Ambiente de la Universidad Popular de Andorra trajo los productos (hierbas y productos elaborados, jarabes, jabones, aceites...) que han venido estudiando, recopilando la tradición oral y nos obsequió con tisanas e infusiones, pudiendo ver, oler y tocar las hierbas, que luego catamos en infusión: poleo menta, té de roca, tomillo, romero, salvia y espliego. Tres personas de "Disfruta de la experiencia" dieron a conocer sus experiencias con el arte de curar y caracterizaron las hierbas, siendo la más conocida la hierba bancera. Ángel leyó la recopilación hecha sobre el tema en el *Cierzo* y ya lo hizo con un ejemplar de su nuevo libro *Vida y trabajos en la Andorra de antaño*.



Ángel Cañada con el grupo del CELAN organizador de la arte antropológica y etnográfica del homenaje: Pilar Sarto, Pilar Magallón, Pilar Villarroya y Angelines García Félez.



Taller de juegos tradicionales.



DÍA 15 LABORES Y EXPOSICIÓN DE LABORES ANTIGUAS

Fueron muchas las personas que recorrieron la exposición, a lo largo de la semana, valorando las labores expuestas y en concreto en este día, en que se dio por terminado el homenaje, pudiendo verlas en directo.



Taller de remedios caseros para la salud.



Taller de labores de costura.

Unas jornadas completas, un homenaje merecido, con el "regusto" agradable de lo que ha salido bien y, sobre todo, de la implicación y la participación de los convecinos de Ángel, de quienes siguen colaborando en los esfuerzos colectivos en pro de la cultura y la tarea común.

Y AHORA ME TOCA A MÍ

Ángel Cañada Giner



Cuando el Sr. Alcalde y el Sr. Alquézar me participaron su intención de publicar parte de mis colaboraciones que desde nuestro *Cierzo* hice durante años sobre la vida y costumbres de nuestra Andorra, llamémosle rural, antes de la industrialización que ahora nos rodea, confieso que la idea me gustó: satisfacción que aumentó cuando, posteriormente, se me comunicó la intención de exponer parte de los fósiles que, pacientemente, con una picoleta como herramienta, fuimos arrancando, también durante años, por nuestros montes y nuestras vales, esos ejemplares que luego podremos contemplar y que, a no ser por la pacienzuda labor de los tres hermanos, ¿a dónde hubieran ido a parar?

Pero las satisfacciones resultaron completas cuando la dirección del CELAN decidió publicar el poema con que mi hermano Albino fue premiado en unos Juegos Florales que, en 1945, promovió la Diputación Foral de Álava donde, casado ya con nuestra paisana Regina Obón Valero, maestra como él, impartía su labor docente en una particular Academia de Comercio en Vitoria capital, a donde fue a parar en un exilio forzado tras los postres de nuestra guerra civil, al ser expulsado del Magisterio y de la Escuela que, en propiedad, regentaba en nuestro vecino Albalate.

Lo que no podía imaginarme es la singular importancia que los dos promotores intentaban dar a esta jornada para la que, pese a mis advertencias, han conseguido movilizar a este conjunto de personalidades, con la ausencia justificada del Consejero Larraz, viejos amigos todos desde la infancia, con independencia de su rango en la vida social, intelectual y política, a los que ¡rediez!, no me queda más remedio que reconocer que son unos magistrales profesores en el viejo oficio de *aponderadores*.

Mirad, amigos, encontraréis en este volumen recuerdos y vivencias de años ha, pues abarca tareas y costumbres que a nuestros antepasados labradores les tocó vivir hasta que otros aires las arrinconaron, y con ellas a los carros, vehículos de cada día, al tradicional aladro con su timón o *barrón*, sus orejeras y su vertedera; al original y afilado *falcino* para escardar; a la *falz*, a la *dalla* y a las estrafalarias máquinas de segar, que se movían al apaciguado andar del par de mulas, insustituibles motores que tan pronto se juñían para el arrastre, como soportaban el baste con sus palos para *carriar* los fajos de leña y de mies o talegas y el esportón con sus *cubillones* llenos de *recau* o servían como taxi camino del mas, precedidas de un conductor que arrastraba las albarcas bajo sus *piales* de trama, petaca, chisquero y cuchillo cabritero en banda y ramal el cuello, suplicando por unas lluvias que hagan crecer las cosechas o mirando de reojo a unos *torregueros* que sobre el Cabezo La Virgen se han formado cuando se agostan los plantíos, que pueden convertir la arada en un rosario de privaciones y lamentos con sus *apedregadas*.

Y así fue como se arrinconaron el almud, la hanega, la romana y el cahíz con que se medían o pesaban los cereales; la libra, el cuarterón, la arroba y el boto tras la molada de las olivas; el *cantaro* para el vino; la *juñida* y la *juada* para el labrar; la *arcada*, la gavilla, el fajo, la fajina, el fascal, el trillo y la horca para la parva; la vara de madera, dividida en palmos, para medir la recia pana de sus trajes, y tantas y tantas otras piezas, grandes y pequeñas, que sepultadas están en el olvido.

Pero, ¿quién nos iba a decir que el original grafismo con que distinguíamos nuestra vetusta arroba renacería para convertirse en espacio obligado del punto y seguido en los modernos registros de Internet?

Cuántas piezas de museo para llenar el de mi sobrino Ángel, pero cuántos años a cuestas con desgracias familiares y de solitaria viudez...

En fin, como el reloj nos empuja hacia la segunda parte de este homenaje que me habéis hecho digerir, termino dando los gracias a cuantas y cuantos me ayudaron para conseguir estos logros, sin olvidar a los que ya no se encuentran entre nosotros, porque emprendieron ese camino sin retorno en cuya raya de salida, por edad, me encuentro ya, para terminar con esta cariñosa y triple despedida: gracias, gracias, gracias.